



La princesa y el guisante

Érase una vez, en un reino lejano, un joven príncipe llamado Arnau. El príncipe deseaba casarse, pero no con una princesa cualquiera, sino con una princesa de verdad. Para encontrarla, había recorrido los siete mares, escalado las montañas más altas y se había enfrentado a feroces dragones. Sin embargo, no había encontrado a la princesa que buscaba.

Todas las princesas que Arnau conocía durante sus viajes tenían alguna particularidad que él consideraba un defecto. Unas eran muy altas, otras muy bajas; algunas tenían la nariz grande y otras pequeña. Arnau comenzaba a desesperarse y se preguntaba si existiría alguna princesa verdadera en el mundo.

Después de cinco años de búsqueda, regresó a su reino triste y desilusionado. Se encerró en la torre más alta del castillo, perdido en sus pensamientos.

Una noche de tormenta, mientras los relámpagos iluminaban el cielo y retumbaban los truenos, alguien llamó a la puerta del palacio. Los criados no se atrevieron a abrir, así que el rey, padre de Arnau, fue personalmente a ver quién era.



Al abrir la puerta encontró a una joven completamente empapada. Llevaba un vestido de seda azul tejido con hilos de oro y unas delicadas zapatillas de cristal. Sus largas trenzas negras goteaban como una fuente.

—Majestad, soy una princesa y me he perdido. ¿Podría pasar la noche en su palacio? —preguntó con voz dulce.

El rey se acordó del deseo de su hijo y pensó que debía comprobar si era una verdadera princesa. La invitó a entrar y pidió que prepararan una habitación para ella.

El rey ordenó a los sirvientes que colocaran diez colchones y diez edredones sobre una cama. Después, sin que nadie lo viera, escondió un pequeño guisante debajo del primer colchón.

A la mañana siguiente, el rey preguntó a la princesa cómo había dormido.

—Muy mal, Majestad —respondió ella, cansada—. Había algo duro en la cama que no me ha dejado dormir.

El rey sonrió. Estaba convencido de que solo una princesa de verdad tendría una sensibilidad tan fina como para notar un guisante bajo tantos colchones. Emocionado, corrió hasta la torre para buscar a su hijo.

—¡Hijo mío, he encontrado a una princesa de verdad! —exclamó.

Arnau bajó de la torre para conocerla. Cuando entró en la habitación, sus miradas se encontraron y ambos supieron que estaban hechos el uno para el otro.



Dos semanas después celebraron una gran boda en el palacio. La fiesta duró siete días, llenos de música, bailes y alegría. El príncipe Arnau y la princesa vivieron felices para siempre, y el guisante fue enviado al museo del reino como recuerdo de su insólito papel en aquella historia de amor.

Este cuento nos recuerda que aquello que buscamos puede aparecer en el lugar y de la manera más inesperados. También nos enseña que la autenticidad y la sensibilidad se descubren en los pequeños detalles.